

sido más pertinente, para una «introducción axiológica a la filosofía jurídica», realizar un estudio más detallado de la justicia como valor (pp. 116-117) explicando sus distintas especies e ilustrándolas con ejemplos de derecho positivo y jurisprudencial, que Hernández conoce de primera mano. Dicho estudio hubiera sido, por una parte, el punto de llegada específico de la reflexión axiológica precedente y, a su vez, el análisis de la justicia general y de la distributiva habría conducido a descubrir mejor la estructura interpersonal e intersubjetiva de la solidaridad, llegándose al umbral del bien común político, como fuente y meta de la solidaridad.

Debemos agregar que el autor «siente» o experimenta la valiosidad del valor «justicia». Esto se percibe especialmente en la lectura los ejemplos, tomados de la realidad jurisprudencial y legislativa. Con muchos ejemplos Hernández también «denuncia» a menudo casos típicos de injusticias de derecho privado y público. No hay duda que esta «vivencia» de la justicia como valor se transmite al lector y lo capacita para ser un verdadero ciudadano, es decir, activo y solidario con los problemas sociales y cívicos de su tiempo.

Avelino Manuel Quintas

JEAN-CLAUDE LARCHET, *Thérapeutique des maladies mentales: L'expérience de l'Orient chrétien des premiers siècles* (Paris: Éditions du Cerf, 1992). 181 páginas.

El autor de este interesante libro, Jean-Claude Larchet, doctor en letras y ciencias humanas, es al parecer un cristiano ortodoxo francés, especialista en patristica oriental y, en particular, en el tema de la relación entre enfermedad y fe cristiana. De hecho, la obra que aquí reseñamos es la última de una trilogía dedicada al tema de la enfermedad. La han precedido *Theologie de la maladie* (Paris: Éditions du Cerf, 1991) y *Thérapeutique des maladies spirituelles* (Paris: Éditions de l'Ancre, 1991), reeditada después por Éditions du Cerf. En el libro que nos ocupa, Larchet intenta presentar de modo sistemático la concepción de los Padres de oriente acerca de la enfermedad mental, mostrando su actualidad y refutando algunos prejuicios con que muchos autores contemporáneos, en particular psiquiatras y psicólogos, se refieren a los mismos (por ejemplo, en el tema de enfermedad mental y posesión diabólica).

Para lograr estos objetivos, el autor hace amplias referencias a la psicopatología contemporánea, de cuyos temas y autores se muestra serio conocedor. Criticando la aproximación cientificista y reduccionista a la enfermedad mental, el autor valoriza sin embargo algunas corrientes que han llamado la atención sobre la dimensión espiritual del hombre, citando en particular a Frankl, Caruso, Daim y Jung (p. 20, nota 22). Larchet se refiere a las ambigüedades del concepto de «enfermedad mental», puestas de manifiesto por autores como Foucault y la corriente de antipsiquiatría, y considera que bajo tal denominación se ocultan realidades diversas (p. 11). Además, las clasificaciones nosológicas en curso en general son puramente descriptivas, mientras que la causa de tales trastornos puede ser diversa. Y es en base a la causa que conviene hacer una clasificación que permita un diagnóstico y una terapéutica eficaces.

Tres son las principales causas que el autor, siguiendo a los Padres, distingue, aclarando que a menudo pueden converger: 1) una primera categoría de trastornos mentales, son enfermedades en sentido estricto, es decir, con *causa orgánica*; 2) una segunda, no menos importante, es la *causa diabólica*, que Larchet defiende contra la impugnación moderna; 3) finalmente, el autor habla de una *causa espiritual*, que son los vicios, y que correspondería a la mayor parte de las neurosis de la psicopatología actual (pp. 14-20). En base a esta triple causalidad el autor organiza el libro: luego de un claro ca-

pítulo dedicado a la antropología de los Padres (pp. 25-42), que sirve de base a su psicopatología, siguen tres capítulos dedicados a cada una de las tres causas, orgánica (43-52), diabólica (53-96) y espiritual (97-132). Finalmente, un último capítulo se refiere a los «locos por Cristo», ascetas que fingían la locura como medio de santificación (133-168).

En el primer capítulo (*Prémises anthropologiques: le composé humain*) Larchet pone como fundamento la concepción del hombre como compuesto de alma y cuerpo. «[...] l'âme n'est pas l'homme, écrit saint Justin, mais âme d'homme; le corps n'est pas l'homme, mais corps d'homme» (p. 26). Sin embargo, el alma humana (*nous*) de algún modo trasciende el cuerpo. La triple distinción paulina espíritu, alma y cuerpo, no supone una diferencia sustancial entre los dos primeros: «Les Pères, qui utilisent fréquemment la représentation dichotomiste âme-corps, comprenant dans l'unique notion d'âme (*psukhè*) tous ses éléments, manifestent clairement ainsi leur sens de l'unité profonde de l'âme. En recourant en d'autres occasions à la représentation trichotomiste esprit/intellect-âme-corps, ils cherchent plus particulièrement à mettre en valeur la fonction d'union à Dieu qui est dans l'homme» (pp. 38-39). En el espíritu brilla la imagen de Dios y se recibe la gracia que deifica al hombre haciéndolo adquirir la semejanza divina (p. 38). El texto de Gregorio Palamas citado al final del capítulo nos parece algo oscuro (pp. 41-42).

La folie d'origine somatique es el segundo capítulo. En él, el autor defiende a los Padres de la acusación de demonizar toda enfermedad mental. Por el contrario, muchos de entre ellos fueron grandes conocedores de la medicina de su tiempo, y no ignoraron que muchos trastornos mentales tienen como causa un desorden orgánico. Sin embargo, «les troubles psychiques qui se révèlent en ces cas ne sont donc des troubles de l'âme que d'un point de vue extérieur. La folie, qui en certaines de ces formes donne son nom à ces troubles, n'est pas ici à proprement parler maladie de l'âme mais du corps» (p. 48). Pero el rol causativo del cuerpo debe ser probado, pues que el cuerpo interviene en la afección habla de la unidad substancial del hombre, no necesariamente de una causa somática (pp. 49-50). En caso de causa somática probada, es el médico en sentido estricto («médico del cuerpo») quien debe intervenir.

El tercero es un largo capítulo dedicado al origen diabólico de algunos trastornos mentales. Resumimos aquí su contenido. En primer lugar, no toda enfermedad mental tiene causa demoníaca en la visión de los Padres. Sin embargo, muchas enfermedades con causa orgánica pueden ser también causadas por el demonio, simplemente porque el demonio influye la mayor parte de las veces a través de la inmutación corporal. «Les démons, en effet, agissent souvent sur l'âme par l'intermédiaire du corps, car c'est ce dernier qui leur est le plus facilement et plus immédiatement accessible. Ils utilisent alors les lois ordinaires du monde physique, les mêmes qui peuvent entrer en jeu dans d'autres étiologies, notamment purement physiologiques» (pp. 56-57). El autor señala que la posesión diabólica no necesariamente va acompañada de una aceptación por parte de quien la padece. Para muchos es la única forma extrema para ser purificados de sus pecados (p. 65). Por otro lado, toda persona dominada por sus pasiones, está, de alguna manera, en poder del demonio (p. 63). La afirmación de que el demonio puede penetrar en la profundidad del alma de algunas personas (p. 64), nos parece poco clara, y merecería algunas aclaraciones, pues sólo el Creador llega hasta lo más profundo de las creaturas. Por ello el modo de habitar de Dios (natural y por gracia) es muy diverso de la habitación violenta del demonio. Finalmente, el autor pone de manifiesto la actitud de caridad cristiana manifestada por los santos Padres hacia los posesos, y señala como remedio principal el ayuno y la oración, acompañado de otros secundarios, como el reposo y el silencio.

El cuarto capítulo, *La folie d'origine spirituelle*, se refiere al desorden pasional, a los vicios. Se trata de una disfunción del psiquismo, con causa en el psiquismo mismo. Es

una perversión de la naturaleza en la relación del hombre con Dios (p. 97). «Pour les Pères une part importante des désordres que nous considérons aujourd'hui comme purement psychiques relèvent en fait du domaine spirituel» (p. 98). Si bien es difícil establecer una correlación estricta entre la «nosografía de los Padres» y la «nosografía actual», la correlación entre síntomas es mucho más fácil que entre síndromes (pp. 98-99). A la pasión del *orgullo* se pueden reconducir algunos de los trastornos de la psicopatología actual caracterizados por la «sobreevalorización» o «hipertrofia del yo», así la psicosis paranoica y la neurosis histérica. El «narcisismo» de Freud correspondería a la «filautía». La astenia, sería reconducible a la «acidia», lo mismo que muchos síntomas depresivos, como también a la pasión de la tristeza, etc. (pp. 99-100). A continuación el autor se ocupa especialmente de la tristeza y de la acidia, remitiendo a su libro sobre las «maladies spirituelles» (muy serio y documentado), para una profundización en el tema.

Por motivos de brevedad, dejamos de lado el comentario del quinto capítulo (*Une forme singulière de folie: la folie pour le Christ*), de gran interés sin embargo, y pasamos a las conclusiones. Si bien el libro nos parecería más rico integrando la tradición oriental y la occidental (que forman una sola Tradición), y a pesar de algunas oscuridades que hemos señalado, nos parece en balance de enorme valor, y constituye uno de los pocos que afronta el tema de la enfermedad mental en todas sus dimensiones desde un punto de vista cristiano serio y valiente. Auguramos que muchas de sus afirmaciones pasen a ser patrimonio común de los psicólogos cristianos, y expresamos el deseo de que surjan más obras que completen la deficiente bibliografía que lamentablemente todavía subsiste en campo católico sobre estos temas. Un último valor que queremos aquí señalar de este libro es un importante índice bibliográfico de doce páginas.

Martín Federico Echavarría

OLGA L. LARRE, *La filosofía natural de Ockham como fenomenología del individuo* (Pamplona: EUNSA, 2000).

Comparto la afirmación de la autora en la presentación de su libro: «La crisis del *homo modernus* evoca la etapa del pensamiento que anunció su gestación; y, así, el ocaso de la modernidad nos coloca ante su misma gestación!» (p. 11). En efecto, el aumento de la bibliografía sobre Ockham en los últimos decenios así lo muestra y este mismo libro, quizá uno de los más relevantes publicados en nuestra lengua—; en ese sentido, la absolutización de la realidad del singular, simultánea con la lógica disminución de la realidad del universal, justifica el camino elegido por la autora de efectuar, analógicamente, una «fenomenología del singular» como «descripción exhaustiva» del mismo, todo lo cual *supone* la radical *contingencia* de todo individuo, resultado de la omnipotencia divina.

Aquí está, quizá, el meollo de la investigación emprendida por la autora que no descuida ninguna de las exigencias de un trabajo riguroso: la primera, es el esclarecimiento de las fuentes con referencia no sólo a los códices existentes, sino a la principal bibliografía; nada escapa a la acribia de la autora tanto en los siete volúmenes de las *Opera Philosophica* (1974-1985) y los diez de las *Opera Theologica* (1967-1985), de la edición crítica del The Franciscan Institute Publications, cuanto a la revisión minuciosa de la bibliografía fundamental (pp. 29-41). Hace muy bien la autora cuando, luego de una esquemática exposición sobre las interpretaciones del ockhamismo, sostiene que «por ahora, cualquier intento de síntesis global se halla frente a obstáculos insalvables» (p. 41). La misma loable cautela y rigor se ponen de manifiesto en la compulsa de las fuen-